La Mancha Queer

Carlos Rodríguez

Ilustraciones

Fran Peinado

LA MANCHA QUEER

Carlos Rodríguez

Ilustraciones

Fran Peinado

Primera edición: marzo de 2024
© Copyright de la obra: Carlos Rodríguez
© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 978-84-128153-4-4
Código ISBN digital: 978-84-128153-5-1

Depósito legal: B 3576-2024

Corrección: Teresa Ponce

Maquetación: Celia Valero

Diseño portada e ilustraciones: Fran Peinado.

©Grupo Editorial Angels Fortune www.angelsfortuneditions.com
info@angelsfortune.com Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.
«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción pre- vista por la ley».

Campo de Montiel y Sierra de Alcaraz

Fran Peinado

Berrinches de la Infanta
Albacete
Ossa Montiel, Lagunas
C/ Quevedo
S. Esteban
La Venta
Los Quiñones
C/ Mayor
C/Mayor
P. Mayor
Ayunt.
Boutique
C/ Cervantes
C/ Don Quijote
V. de los Infantes, Villahermosa
Recinto Ferial
G. Civil
Alcaraz
Ermita Virgen Coja
Cementerio
V. de la Fuente
Fran Peinado

Juan, qué complicado todo.
Pero, tranquilo, que ya lo saco yo adelante.

Sergi, hijo, céntrate, por favor.
Te quiero.

A las amigas, los amigos,
los follamigos,
los que por delante, los que por detrás,
los que se agachan, los que de pie,
los que todo nos viene bien,
los de actitud positiva,
los que te hacen reír, los amantes,
los que no molestan,
los sinceros, los que te acarician.
Los que preguntan.
A los que les importo.

Por eso yo camino solo,
siempre pendiente de mí.
Con mis caprichos y antojos, una vida a mi modo,
que no comparto si no mueren por mí.

Antoñito Molina
Ya no me muero por nadie

Nota del autor

Poner así, «nota del autor», en tercera persona, suena muy profesional. Pero, vamos, que podría hacer escrito «nota mía» perfectamente, ¿no? Cosas de las editoriales. El caso es que deseo explicar con brevedad cómo y por qué nace esta novela, tan alejada de lo que he venido escribiendo hasta ahora.

Necesitaba soltar lastre, que retener sentimientos es peor que retener líquidos o gases, además de compartir con la gente que me quiere y me aprecia esta historia que, en el fondo, es un canto al amor y a la amistad. Una historia que, de principio a fin, es personal e intransferible. Que no quede duda. Pero sabido es que la cabra tira al monte, no he podido resistirlo, y encontraréis también entre estos párrafos mi puntito más asesino.

No he hecho ningún parón ni me ha atacado el síndrome de la página en blanco; o no más de lo normal. Más sencillo que eso: es un aparte que me ha servido de terapia para sacudirme detritus que se me empezaban a acumular en la piel. También para reírme, sobre todo de mí mismo, que ya me vale.

Si contribuyo a remover conciencias al tiempo que ayudo a que tierras tan hermosas como olvidadas tengan el protagonismo que se merecen, me daré por satisfecho.

De momento, propongo que os dejéis llevar por mi locura. Pronto regresaré a mis inicios.

El nacimiento de una historia

Vianos

Vianos ha sido conocido en la Sierra de Alcaraz y localidades cercanas como el pueblo de las brujas. «Eran brujas buenas», se apresuraba a puntualizar mi madre, Onorada Garrido Martínez, siempre defensora de sus raíces, vianesca luchadora, bondadosa de carácter y porte recio. A pesar de la cojera producida por la poliomielitis que le atacó en la infancia, crio a cinco hijos, muchos años de penuria ella sola con los dos mayores —mi padre atareado con un servicio militar interminable, la Guerra Civil y la cárcel para republicanos, que entre permiso y permiso y liberación final, iba haciendo chiquillos—. Provista de una buena carga de humor negro que solo aquellas duras tierras saben dar, me contaba como en las noches de unos fríos inviernos que ya no existen corrían toda clase de historias respecto a esas brujas.

Buenas o no, el caso es que jamás tuvo valor para acercarse a las cuevas y grietas que horadan las laderas de la Peña, precipicio en forma de herradura del que cuelgan las casas de Vianos y origen del valle de los Quiñones. Se daba por cierto que en esas cavernas las brujas tuvieron su morada. O la tienen, que hay gente que las quiere seguir viendo. Yo, por poner un ejemplo.

Vayan ustedes a saber la realidad de todo aquello. En todo el Viejo Mundo se cuentan historias similares. Para mí que eran mujeres que se dedicaban a curar males del cuerpo y del alma utilizando los productos que la tierra proporcionaba, siendo la única atención que la gente pobre recibía para sanar las enfermedades producidas por hambrunas endémicas y una total falta de higiene. Vamos, que no tenían el cuerpo llagado de úlceras purulentas, ni narices aguileñas, ni eran más feas que Picio, sino mujeres como las demás que transmitían sus conocimientos de madres a hijas para

aliviar la miseria de sus vecinos, no para crear pócimas y hechizos de lo más variopinto o invocar al mismísimo diablo.

El demonio lo tenían aquí mismo, en la tierra, con la debacle desatada por la Inquisición, que hacía de esas pobres curanderas las víctimas perfectas con las que alimentar las hogueras públicas. Escarnio que mantenía atenazada a la población inculta para continuar oprimiéndola.

Ahora el apelativo del pueblo de las brujas lo conoce poca gente, salvo los que somos de allí y quizá un puñado de personas de poblaciones cercanas. Aquellas historias se han quedado en la memoria de los que se alinean a la sombra de los cipreses; las mismas que no hemos sabido conservar quienes nos dedicamos a alimentar embotellamientos interminables para acudir al trabajo.

Es verdad que a los vianescos nos gusta mantener y ostentar esta denominación. Como que otorga distinción y marca diferencia con otras poblaciones, en este mundo globalizado de información instantánea, encerrada en un aparato tan chico que, eso sí, parece cosa del Dueño de las Tinieblas. Mira, ya salió a relucir Belcebú. Normal, porque es muy prota en esta narración.

Quien no conozca Vianos, le invito a pasear por las estrechas y sinuosas calles que lo conforman, de casas encaladas y enrejados señoriales, descubrir rincones únicos y, por supuesto, asomarse a su abrupto precipicio.

No le costará trabajo imaginar a nuestras hechiceras locales lanzándose al vacío para iniciar el vuelo.

Mi madre no creía en brujas. Historias de viejas, decía. Pero a las cuevas ni acercarse.

Riópar

Mi padre, Antolín Agustín Rodríguez Blázquez, nació en el Cortijo del Cura, pedanía perteneciente a Riópar, allá donde el río Mundo se da a conocer a través de su imponente cascada. No tiene pérdida, es el primer grupo de casas que se encuentran al bajar el puerto de las Crucetas y que dan entrada al valle donde se asienta esa maravillosa población. Un valle verde, profundo, rodeado de cumbres que nada tienen que envidiar a las de Suiza.

¡Y no, no es amor de descendiente! Antes de darle a la lengua, vayan a conocer esa parte de la sierra.

Por la parte paterna conocí la otra vertiente, la del Calar del Mundo, donde las aguas que manan de las entrañas de las montañas ya no alimentan el atlántico Guadalquivir, sino el mediterráneo Segura.

Veranos en el Noguerón, bajo la sombra del Almenara y la roca cilíndrica de Riópar Viejo como vigía. Siempre junto a mi primo Ramoncín, que me llevaba de un lado para otro hasta caer la noche. Al terminar de cenar salíamos del cortijo y cazábamos murciélagos para darles de fumar, sujetándolos por las alas. No os lo vais a creer, pero es bien cierto. Se rebelaban con fuerza y emitían unos chillidos escalofriantes, pero esos bichos, en cuanto les ponías en su boca dentada un cigarrillo encendido, lo remataban hasta el filtro en menos de un minuto. Eran pura ansia.

Al terminar el pitillo renqueaban aturdidos, pero tras unos minutos de reposo revivían y desaparecían en la oscuridad. Bueno, a algunos les costaba más, que se estampaban contra la pared del cortijo o el tronco de los árboles que daba gloria verlos.

Nota: no recuerdo de dónde sacaba mi primo Ramoncín los cigarrillos, pero sí que era él quien cazaba los murciélagos, que a mí me daba pavor de niño urbanita. Una vez sujeta la alimaña, entonces bien que disfrutaba acercándoles el cigarrillo.

Desde que tengo uso de razón he viajado de una vertiente a otra decenas de veces, y ni una sola han dejado de sorprenderme los maravillosos paisajes.

Os animo a recorrer, ahora que por fin está arreglada, la antigua comarcal 415 entre Vianos y Riópar. Arreglo consistente en una capa de asfalto nuevo, porque angosta sigue lo mismo. Solo es cuestión de tomárselo con calma y disfrutar del paisaje. Ya luego me comentáis.

Panzas en la noche

Mi padre era muy guapo, aunque no tanto como yo. Delgado y pelirrojo —el Rojo era su mote— y de hablar pausado, siempre dándolo todo por los demás. Es como le recuerdo y como le recuerdan los que le conocieron, que se deshacían en elogios. Como en unos documentos constaba Agustín, en otros Antolín, y en no pocos aparecían ambos, llevarle el papeleo legal siempre fue cosa de locos.

En los años treinta del siglo pasado era arriero. Se recorría la Sierra de Alcaraz a lomos de una burra, y, con su buen porte y demás atributos, mi madre no tardó en quedarse prendada, como decía ella, «en cuantico recaló en Vianos». Pero, mira por dónde, el caso es que a mi abuelo no hubo manera de que el pretendiente riopeño de su hija le entrara por los ojos. Ea, que no y que no. Todo un misterio familiar, que ya no queda nadie, ni Rodríguez ni Garrido, que nos pueda informar al respecto.

Pero hete aquí que dijo el Agustín: «¡Ja, a mí con esas!». ¿Y qué hizo? Pues lo normal en esos casos, raptar a la Onorada, llevársela a lomos de la burra a un cortijo del interior de la sierra y devolverla, al cabo de unos meses, con panza.

He de confesar que esto lo averigüé por casualidad. Un día de agosto, sin más cosas que hacer que atiborrarme a comer y esperar la llegada de la noche con sus temperaturas más benignas, subí al ayuntamiento de Vianos y rebusqué en los registros. Así, a lo tonto, sin pensar. No tardé en encontrar el acta de nacimiento de mi mamá. Después, para seguir matando el tiempo, me dirigí a los libros donde se anotaban los matrimonios.

Mi cabeza decía que debía de correr el año 1931, pero allí no estaba el documento, por lo que abrí el libro correspondiente al año siguiente. Bingo. Septiembre de 1932. Como chismoso contumaz, no tardó una luz en encenderse en mi cerebro, que yo, para los asuntos canallas tengo un olfato infalible. Mis dedos hicieron la cuenta con rapidez. ¡Hostias! Mi hermana nació en marzo de 1933, ergo mami se casó preñada hasta las cejas.

Mis padres se casaron de noche y por la puerta de atrás de la iglesia, como correspondía a una mujer soltera embarazada de tres meses. Vergüenza, humillación, vicio, pecado. Al infierno derechitos. Tremenda

transgresión en aquella España, pero que a mí, seguramente por petarda, me llena de placer, de un íntimo orgullo complicado de transcribir.

A mi hermana, en cambio, el destape del secreto familiar le sentó como un tiro a bocajarro. ¡Se puso como la grana! «*Pos,* hija, si es un notición», apunté yo, más feliz que si hubiera descubierto que descendemos directamente del zar de todas las Rusias. Ella no pensó lo mismo, que al fin y al cabo se trataba del pecado que rellenaba la panza, pero a base de insistir conseguí que me confesara y detallara el rapto, copulación y boda nocturna en la Sierra de Alcaraz.

¡Vaya con el Agustín y la Onorada!

¡Que sea nena!

Los últimos tres hermanos ya nacimos en Valencia. Yo tenía ocho años cuando a mi padre le dio un ictus. Los movimientos se le ralentizaron, hablaba poco y miraba mucho, pero le dio por devorar las novelas de Marcial Lafuente Estefanía como quien come cacahuetes. Las historias de este escritor estaban siempre ambientadas en el Oeste americano. Molaban cantidad. Oye, que en las diez primeras páginas se había cargado a un par de vaqueros y alrededor de seiscientos indios. ¡Pedazo masacres liaba el Marcial! Yo estaba al cargo de cambiar las novelas en el quiosco de enfrente de mi casa, Zapadores esquina con Peris y Valero, pero papá leía más rápido de lo que el quiosquero era capaz de reponer ejemplares nuevos, así que Agustín repitió muchas historias. Nunca me dijo una sola palabra al respecto. Me hubiera gustado saber si lo hacía porque no se acordaba de lo que había leído o por no incomodarme.

Llegué tarde y sin avisar, confundido con una menopausia tardía. Cuarenta y siete años tenía la señora Onorada. Tela. «Fuiste un descuido», se excusaba. «No, mamá. Lo mío fue un polvo como los otros cuatro. Que ya os vale, ya». «¡A tu madre no le hables de esa manera!». «¡Cochina!». «¡Sinvergüenza!». Y así de entretenidos pasábamos las tardes, mientras veíamos la tele y pelábamos pipas con sal.

El deseo de la familia fue unánime: «Ya que viene, que sea una nena para cuidar a los papás».

¡*Pos* toma nena!

Con tales antecedentes, ¿alguien se extraña de cómo salió el último de la camada, un servidor?

El Campo de Montiel

Al final mamá se salió con la suya, compramos una casa en Vianos y mis veranos cambiaron de vertiente. Pasé de trotar en verdes valles cual Heidi retozona al altiplano ocre quijotesco. Eso aseguran los carteles en las calles del pueblo: Ruta de Don Quijote. Nunca he estado seguro de hacia dónde nos dirigen esas señales, ni nadie ha aclarado qué pintó por allí tan noble y loco caballero.

Dejé de observar montañas alpinas para descubrir bajo mis pies las ondulaciones de los campos de Montiel y me dediqué con deleite a asombrarme de cada atardecer, únicos, espectaculares. Me pillaron muchos amaneceres, pero los recuerdo poco, que sabido es que alcohol y fiesta no son amigos de bucolismos campestres.

Me acoplé con rapidez a la vida en Vianos uniéndome a una gran pandilla de gente tan diferente y disparatada que daría para una saga costumbrista. Y ahí seguimos, tantos años después, queriéndonos y peleándonos cada verano con ahínco machacón propio de adolescentes.

Con el tiempo me aventuré a explorar nuevos destinos, quién dijo miedo. Siempre he pensado que el mundo es demasiado grande como para mantenerse en los mismos lugares de confort, que es una manera cursi de decir que he sido como el baúl, no sé si de la Piquer, pero de alguna artista con mucho brilli-brilli, fijo. Andalucía, la interminable costa mediterránea, Portugal, resto de Europa y esos nortes peninsulares llenos de verdor tan en contraste con el secarral en que nos toca vivir.

Al final crucé el charco, que si no lo hago me da un telele. Estados Unidos, México. Más amigos, más amor. Mi propia familia. Encuentros irrepetibles y pérdidas irreparables. Vivencias y emociones que crearán historias desde el corazón.

El caso es que no ha mucho tiempo que la amistad me hizo recalar en la monumental Villanueva de los Infantes, pueblo manchego que transmite muchas cosas, pero yo me quedo con dos: la nobleza y el halo de cultura que exhalan sus edificios centenarios. La conservación de la villa resulta sorprendente en un país donde, durante el desarrollismo, las excavadoras

entraron en los centros urbanos con la misma atrocidad e impunidad con que los tanques nazis traspasaron las fronteras de su país para invadir los limítrofes. Ahí, con un par. En Infantes presenté dos de mis libros, impartí un curso de escritura creativa en la Universidad Popular y un taller para el Consejo Local de la Mujer en los que descubrí talentos insospechados. Hice amistades que, no me cabe duda, estaban en la lista del destino.

Infantes hizo de puente para descubrir otras localidades. Villahermosa, Valdepeñas, Fuenllana, Torre de Juan Abad, Villanueva de la Fuente, La Solana, Villarrobledo, Socuéllamos, Tomelloso y las conocidas Lagunas de Ruidera, que las tenía en el olvido. Demasiados lugares. Alguno seguro que se me escapa. Hasta Ciudad Real llegué. Pomposo nombre para una ciudad decepcionante. Otra población donde la maquinaria pesada de la especulación, en nombre de una supuesta modernidad, arrasó con todo vestigio de población manchega.

Cosa fea, Ciudad Real. Tenía que decirlo.

Encaje de bolillos

En fin, que empecé a centrifugar. La Sierra de Alcaraz por aquí, La Mancha por allá, las brujas de Vianos, *gays* al poder, amistad, respeto, sexo campestre y campero, un pisto de récord Guinness, magia, seres llenos de luz y dulzura, las *apps* de ligue, la lacra de las drogas, el actor de moda, maricas chismosas, zumbadas, pollas bien hermosas, el amor.

Uf, a ver cómo cojones uno todo esto para hilar una historia.

Carletes, pues desde el principio. Las brujas.

Pensé que lo más oportuno era acudir al pasado, en concreto al recetario *La cocina de las brujas*, un libro sobre comidas típicas de Vianos que escribí hace muchos años y en el que las protagonistas eran, mira tú por dónde, unas brujas. Feas no, lo siguiente, y repugnantes. Así quise inventarlas, siguiendo cánones clásicos. ¿Para qué imaginar brujas nuevas si de estas ya me quedé embarazado y las parí a su debido tiempo?

Para escribir este recetario recibí la ayuda de mi querida Pilar Montoro, seca esté, durante unas vacaciones. Nos reímos mucho, la verdad, a pesar de que cada uno cargábamos con nuestros lastres, que no eran pocos.

Vendimos todos los ejemplares y no volvimos a imprimir.

Pilar nos dejó una noche envuelta en la niebla de otoño. Va por ti.

También va por su hermano, Francis Montoro. Mi Francis. El señor letrado no tuvo mejor ocurrencia que alzar el vuelo en pleno julio jienense, dejándonos exhaustos, empapados, el cuerpo en sudor y el alma en lágrimas.

En fin.

Decía mi madre cuando la hacía rabiar, algo que sucedía a menudo, que no inventaba una buena, que tenía la cabeza como un fregadero, así que seguí sus consejos para trabar lo que parecía imposible. Utilizando como pegamento dosis de humor e imaginación a espuertas, he montado esta película pelín alocada y fantástica, donde el amor, la amistad, la libertad y el optimismo juegan un papel fundamental.

Mi vida, por demasiados motivos que no os voy a contar, so cotillas, necesitaba una catarsis, y un escritor se purga escribiendo. Dicho y hecho. Nada de dramas, Carlos, que de eso vas sobrado; tampoco gente negativa,

que lo mismo. Una historia divertida, positiva, que conforme la escribas te vaya destapando las grietas que otros rellenaron de dolor.

Porque sí, grietas haylas y son necesarias. Si no existieran, ¿por dónde nos entraría la luz?

He conseguido reírme a carcajadas. Confieso que hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto inventando historias, situaciones y personajes. Idearla y teclearla ha sido un placer.

He querido relacionar sierra y meseta, tan diferentes, pero con tantas similitudes; tan cercanas y tan desconocidas. En las innumerables veces que he recorrido esas carreteras, me ha invadido la triste sensación de visitar zonas colindantes que, sin embargo, parecen vivir de espaldas. Esos inventos artificiales que supusieron la creación de las provincias son una atrocidad. Nos convirtieron en provincianos, con todos los dobles sentidos que se le quieran dar al adjetivo. Las personas necesitamos sentirnos cercanas a nuestro entorno más próximo, no a localidades a las que una visita al especialista supone algo así como hacer el trayecto en el Transiberiano.

Aunque no venga al caso —pero como el libro es mío…—, aprovecho estas líneas para reivindicar más comarca y menos provincia.

Berrinches de la Infanta nació en mi imaginación. No el nombre, que surgió entre risas y bobadas charlando con un amigo, pero sí lo que yo quería representar con su creación. Enclavado en el linde entre la Sierra de Alcaraz y el Campo de Montiel, jamás sabréis a cuál de las dos comarcas pertenece o su situación exacta, porque ni yo mismo lo sé. Y no tengo intención de averiguarlo. Pero sí sé que es un lugar que me gustaría haber conocido, relacionarme con sus habitantes y experimentar las pasiones y aventuras que describo.

Sorprende la intensidad con la que un escritor llega a venerar los lugares construidos en algún rincón de su cerebro, a amar como seres reales a los personajes que ha creado de la nada y a disfrutar y sufrir de las situaciones inventadas por las que les hace pasar.

Berrinches de la Infanta es un pueblo que ha venido para quedarse en mi corazón. Los personajes que han salido de mi caja atolondrada, también.

¡Por favor, comadritas, me leen el siguiente párrafo con atención!

Como soy de la zona y me conozco el percal, aviso: los personajes que aparecen en esta novela son imaginarios. Algún matiz he ido tomando de personas conocidas, incluido un servidor —que me gusta chupar cámara

como al que más y para algo me tiene que servir ser el hacedor de todo esto—. Lo he hecho con todo el cariño y respeto del mundo, pero también, que nadie lo dude, porque me ha salido de ahí.

Homosexuales, con y sin complejos; reivindicaciones, que falta mucho por hacer; alegría, que el hecho de retozar con gente de nuestro mismo sexo no nos amarga la vida, más bien todo lo contrario; placer, que no estamos locos, sino salidos; transgresor, que hay que despertar conciencias; miserias humanas, que están ahí, nos rodean por doquier; intransigencia, que es una plaga; traiciones, que ya le vale a la peña. El entorno: La Mancha y la Sierra de Alcaraz. Y la palabra inglesa *queer*, que engloba tantos conceptos que cae derechita del cielo en mi ayuda.

La Mancha queer, el título. Au.

Pretendo también que este libro sea un canto a la libertad, un relato sobre la homosexualidad en el ámbito rural, donde, a pesar de lo que hemos avanzado como sociedad, quedan demasiados problemas por resolver y mucho, muchísimo, por normalizar. No podemos permitir, bajo ningún concepto, que lesbianas y *gays* tengan que sufrir, en la adolescencia o en la madurez, el obstáculo añadido de haber nacido en poblaciones pequeñas. Y eso debe involucrar al conjunto de la sociedad.

Y a ver si de una vez es posible que nos dejen vivir en paz. ¡Qué hartura, de verdad! Por favor, homófobos, talibanes de la religión que sea, fascistas, nostálgicos de otros regímenes y demás fauna arcaica, desalojen. Y rapidito.

Pretendo darle el valor que merece a uno de los muchos rincones de la España interior a los que tanto les cuesta tirar hacia adelante, donde la gente trabaja como el que más, pero tiene que apañárselas con menos servicios y recursos.

Hablemos con propiedad. No se trata de la España vaciada, no. Es la España que están obligando a vaciar.

En todas mis historias la música, imprescindible en mi día a día, es un pilar esencial en el desarrollo de la trama y, mira por dónde, esta novela ha resultado ser la más filarmónica de todas. Creo que el argumento y el tono se prestan a ello. Como siempre, aconsejo escuchar las canciones conforme aparezcan en la lectura. Entenderéis mejor la relación de los personajes con la historia y os sentiréis más cercanos a ellos. O los mandaréis al carajo, cualquiera sabe. Venga, *joer*, hacedme caso, con el trabajo que me ha costado encontrar la música apropiada para vincularla a las distintas escenas.

Deseo que mis personajes sean felices para siempre, que disfruten de la vida. A pesar de los problemas a los que sin duda deberán enfrentarse, siempre hay una luz en algún lugar de nuestro viaje terrenal que nos hace ver las cosas de otra manera. Una luz mágica tan potente que por sí sola elimina las piedras del camino y los cardos borriqueros de los senderos, despejándolos y dejándolos como una autovía la mar de transitable.

Nos vendrán cosas. Siempre vienen. En lo que a mí respecta, aquí las espero.

Yo sigo expectante, anhelando que a la vuelta de cualquier esquina aparezca la sonrisa de Jorge.

Todo esto, y mucho más, tiene cabida en Berrinches de la Infanta, provincia de…

¿Perdona? ¿Que la magia no existe?
¡Sujétame el *gintonic*!

Vianos, enero de 1612

Cueva de los Quiñones

La cueva de los Quiñones está situada en el camino que baja al lavadero, segunda grieta a la izquierda. Los simples mortales solo apreciarán un diminuto hueco entre dos rocas de donde surge una zarzamora, pero los oscuros seres que habitan el otro lado divisan con claridad una entrada tan grande y ostentosa como la puerta de una catedral.

Esa zarzamora no produce moras; al igual que las brujas a las que sirve, es infértil. Es una planta mágica destinada a emitir una vibración especial y los efluvios fétidos propios de la nigromancia. Fuerzas oscuras de tal magnitud que los entes de las tinieblas convocados son guiados en un santiamén —palabra que ninguna de esas criaturas malignas se atrevería a pronunciar, so pena de exasperante sarpullido en la entrepierna— desde cualquier lugar de los dos mundos.

Una vez frente a la abertura, es necesario soltar una ventosidad pestilente para que el hechizo se ponga en funcionamiento. Y un pedo es algo que a las fuerzas del mal, de entrañas podridas y sangre venenosa, no les cuesta dejar caer. En ese instante, unas piernas peludas de mujer surgen de las rocas y el pequeño hueco se transforma en una vagina de tamaño descomunal. Es necesario introducirse entre el espeso pelaje, soportar olores nauseabundos e ir palpando llagas y abscesos para encontrar el falo que abre la entrada a la morada de las brujas de Vianos.

Las cuatro brujas, una de ellas ya seca, procedían del grupo de las Pútridas, de las Pútridas de toda la vida, famoso clan asentado en los valles vascos. La convivencia entre pérfidas, siempre compleja, se truncó de manera definitiva cuando Nagore la Bubónica, lideresa de la secta, decidió amancebarse con un joven mortal, un pobre pastor que no salió de la cueva hasta que su raptora se aburrió. Un par de meses del calendario de las tinieblas. Año y medio del humano.

El secuestro se produjo por el efecto de una poción a base de hongos, tripas de sapo y sangre de murciélago. El brebaje anulaba la voluntad de manera momentánea y era necesario estar vigilante al despertar de la víctima, pues se enamoraba perdidamente de lo primero que vieran sus ojos, bien fuese una oveja, un haya centenaria o una hogaza de pan. Nagore, para evitar disgustos, se colocó encima de él, con su rostro lleno de bubas de peste negra pegado al del efebo, de piel blanca y suave como la seda.

El zagal, que jamás supo qué fue de su vida durante ese tiempo, reapareció en su pueblo con el cuerpo lleno de pupas resecas, que desaparecieron a las pocas semanas. Una curación que llegó tarde, repudiado ya por los suyos. Una mañana se lio el hato a la espalda y se encaminó hacia las tierras del rey de Francia. Contaban los mercaderes que de allí venían que se respiraba un aire de permisividad desconocido al sur

Acerca del autor

Con cinco novelas escritas hasta la presente, Carlos Rodríguez (Valencia) nos presenta *La Mancha queer*, una novela personal y divertida a partes iguales, en la que no olvida su faceta de escritor de novela negra, para disfrute de sus lectores. ¿Preparado para esta nueva historia?

Necesitaba soltar lastre, que retener sentimientos es peor que retener líquidos o gases, además de compartir con la gente que me quiere y me aprecia esta historia que, en el fondo, es un canto al amor y a la amistad.